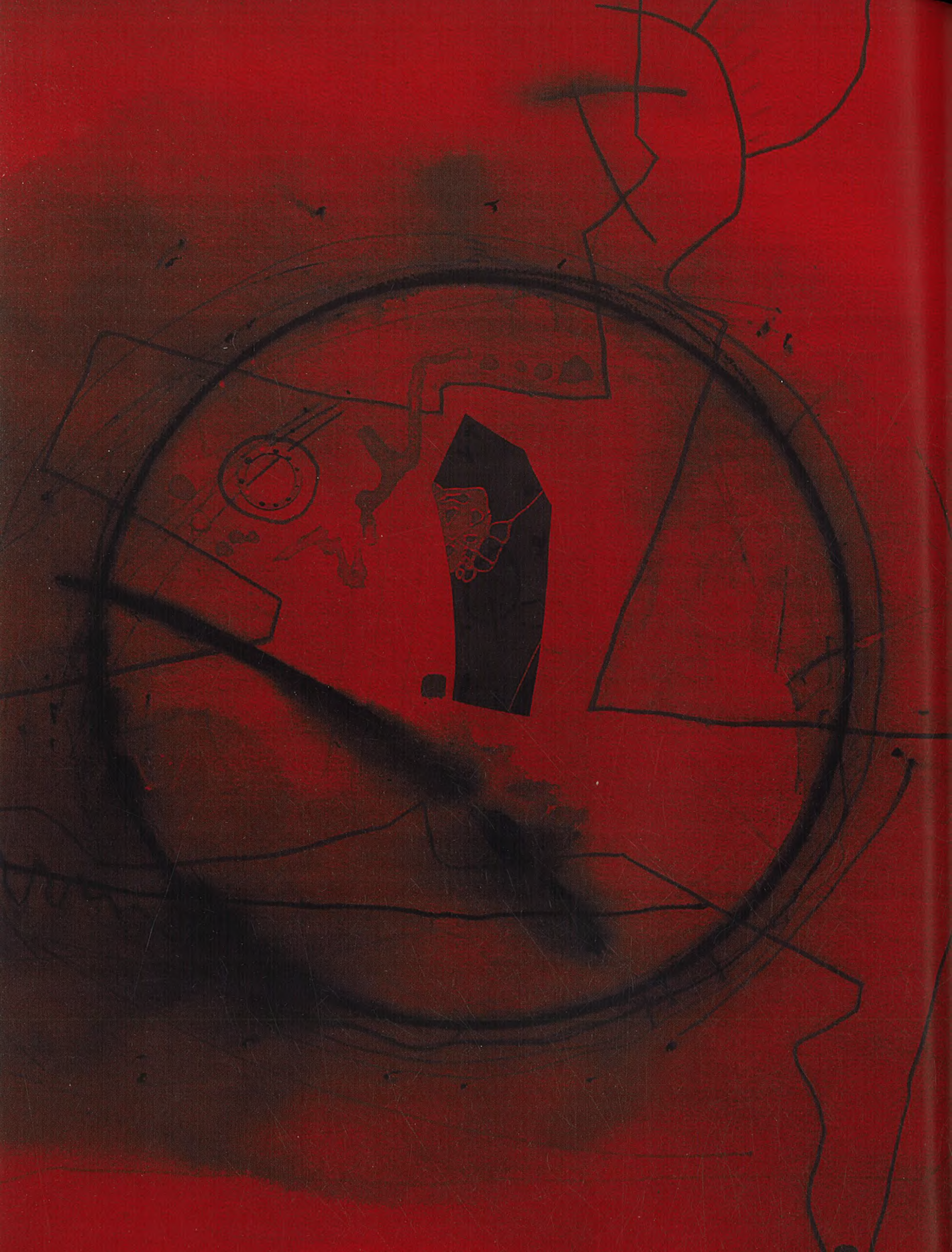
* Susana Rivera

nunca

Donde la vida se doblega,



nunca

Los que lo hayan hecho saben que seleccionar poemas para una antología es una tarea ardua. Hace ya varios meses cuando seleccioné estos poemas lo racionalicé todo muy bien, tomé notas que ahora me parecen un poco crípticas, hice cálculos que ya no entiendo, pero estaba todo, entonces, muy racionalizado y pensado. Luego, cuando recibí las pruebas, vi algún poema que ya no me parecía tan significativo para lo que yo intentaba, o constaté con cierta rabia que no había incluido algún poema, favorito mío, quién sabe ya por qué. Creo que siempre ocurre así y una antología nunca puede ser una obra perfecta, quizás ni siquiera satisfactoria cuando se trata de un poeta que tanto admiras, y en este caso además, de la persona a quien amas. Ángel González era mucho Ángel, y también muchos Ángeles, y yo quería reflejarlos a todos, como si de una galería de espejos se tratara, que vendría a ser algo así como las "galerías del alma" de su tan admirado Antonio Machado. Intenté recoger aquellos poemas que mejor formaran un conglomerado, en estilo y temas, de la poesía a la que él se aplicaba, de la poesía que lo apasionaba: "la que vierte su luz dentro de las fronteras del reino de los hombres, humilde y menesteroso pero no exento de grandeza y de misterio; poesía que lo ilumina, anuncia y denuncia, afirma y cuestiona; palabra que no silencia la realidad, que no la margina en los espacios blancos de la escritura; palabra cargada de razón, de emoción y de conocimiento, de vida y de experiencia: fe de vida".

Ángel fue un buen discípulo, aprendió bien de sus maestros y supo trasladar a su propia obra lo que más le apasionaba de ellos de una manera original y brillante. De Antonio Machado aprendió que "la poesía es palabra en el tiempo", por eso sus versos son una fusión de vida y arte, de biografía e Historia. Funde su propia experiencia vital, es decir, su historia con minúscula, dentro de la Historia con mayús-

Texto leído el 12 de enero del 2009 en la presentación de la antología *La primavera avanza* en homenaje al poeta Ángel González en el primer aniversario de su muerte.

cula, pero se trata de "la vida no como una noción general y abstracta, sino como experiencia humana, como vivencia de un tiempo concreto y limitado". De Machado nace también su actitud ética y moral que se concreta definitivamente con la lectura de Gabriel Celaya, Blas de Otero y José Hierro, entre otros, a quienes empezó a leer al mismo tiempo que comenzaban a definirse sus ideas políticas. Ángel fue partidario y defensor incondicional de la literatura comprometida, de la "poesía crítica que sitúe al hombre en el contexto de los problemas de su tiempo, y que represente una toma de posiciones respecto a esos problemas". Nunca renunció a la poesía social en la que se mezclan las preocupaciones sociales y las existenciales, donde se permite "la crítica irónica a una sociedad caracterizada por la hipocresía, la intolerancia y la represión, [y] se complementa con la evocación de una infancia literalmente bombardeada, marcada por la violencia fratricida, que decidió el destino del hombre que emergió de aquel desastre". Para Ángel esa poesía era no sólo necesaria, sino inevitable.

El tiempo amargo que le tocó vivir hizo de Ángel una persona muy sensible, pudorosa, y extremadamente privada (espero que eso se respete), no le gustaba revelar demasiado sobre el hombre que escribía, y prefería que no se transparentara excesivamente el sentimiento, o sea, no caer nunca en el sentimentalismo; eso, junto con la necesidad moral de denunciar una situación intolerable le dio un buen arma estética al poeta: la ironía, que él cultivó con el doble objetivo de burlar a la censura y de crear cierto distanciamiento ante las circunstancias más adversas. Cito a Ángel "La ironía me sirve para marcar la distancia que me separa de él [se refiere al "personaje poético" que lo sustituye en sus poemas]. A veces trata de engañarme también a mí, pero no lo consigue nunca; sé que su verdad es el reverso de mi mentira, y yo lo trato como a uno de esos muñecos de magia negra, a quienes los brujos clavan alfileres para producir dolor en sus enemigos. Lo que ocurre es que, en vez de clavarle alfileres, yo se los quito".

El Juan Ramón Jiménez que dijo "Intelijencia dame el nombre exacto de las cosas" le enseñó la importancia de "la emoción ante la palabra bien dicha, el gusto por la belleza y la precisión del lenguaje" que lo convirtió en el artista, el maestro de la palabra, capaz de transformar un verso en otro a través de sus propiedades eufónicas, por ejemplo: "y a hierba susurrando como un río" a "y ayer va susurrando como un río"; o de escribir uno de los mejores encabalgamientos en lengua española: "Largo es el arte; la vida en cambio corta/ como un cuchillo". (El lenguaje de Ángel es, en apariencia, sencillo porque se basa en el lenguaje hablado, y porque, como Bécquer, creía en la poesía "sin artificio demasiado visible", pero por debajo se desvela siempre "el gusto por la obra bien hecha: amorosamente, casi artesanalmente trabajada".

Ese ayer que se desvanece, "el día/ incomparable que ya nadie nunca/ volverá a ver jamás sobre la tierra", es uno de los temas más recurrentes en la poesía de Ángel. Esos son los poemas escritos entre "la nostalgia y la elegía" pero también "dictados por el miedo" a los efectos corrosivos del paso del tiempo. Su visión del tiempo, el tiempo puro y el Histórico, es imprescindible para entender su perspectiva esencialmente dialéctica que oscila entre el áspero y el acariciado mundo. La caricia es una metáfora de la infancia feliz, pero surge, y hiere, la aspereza cuando la guerra civil lo destruye todo. "La experiencia de la humillación, de la derrota, de la impotencia" nunca dejó de roerle la memoria y resurgió con una fuerza demoledora en sus últimos años. Cuando parecía que el tiempo turbulento había pasado ya por su corazón, escribe el poema "Todavía, la memoria alevosa" donde dice: "Aquel tiempo/ que dejamos por muerto volvió en sí,/ y me hirió mortalmente por la espalda". Creo que la memoria de *aquel tiempo* junto con la conciencia de que le quedaba muy poco futuro explica en gran parte su libro póstumo *Nada grave*, cuyos poemas componen, citando a su íntimo amigo y compañero de generación, Francisco Brines, unas "palabras para una despedida".

Ángel se sintió siempre un poco raro en el *áspero mundo* porque entraba en abierta contradicción con sus valores que se resumen en las palabras paz, libertad, justicia, amor, honestidad, bondad... ideales quizás inalcanzables. Se habla mucho de pesimismo a propósito de su poesía, pero yo me atrevo a contradecir esa opinión afirmando que no era pesimista en absoluto, ni la persona, ni el poeta, diría incluso que es la persona más alegre y divertida que he conocido en mi vida. Pero, como él mismo dijo, era un idealista decepcionado, y como también dijo, escribía cuando estaba en desajuste con el mundo. Ante dos de las grandes tragedias del ser humano --la guerra y la muerte— Ángel no podía permanecer indiferente, fue siempre un inconformista ante los estragos de la Historia y del tiempo; ese sentimiento de extranjería se puede trazar desde su primer libro hasta el último. Ya en *Áspero mundo*, publicado en 1956, escribe:

> Yo lo noto: cómo me voy volviendo
> menos cierto, confuso,
> disolviéndome en aire
> cotidiano, burdo
> jirón de mí, deshilachado
> y roto por los puños
> .....
> Para vivir un año es necesario
> morirse muchas veces mucho.

Y con el paso de ese tiempo corrosivo se sentía cada vez más y más extraño hasta llegar a sentirse incluso extranjero de sí mismo, aunque yo creo que el mundo también se fue haciendo más raro y extraño, seres humanos como Ángel siempre hubo pocos, y cada vez quedan menos. En 1992 dice en el poema "De otro modo":

Cuando escribo mi nombre,
lo siento cada día más extraño.

¿Quién será ése?
—me pregunto.
Y no sé qué pensar.

Ángel.
Qué raro."

En *Otoños y otras luces* del 2001 se pregunta:

Quién es el que está aquí, y dónde:
¿dentro o fuera?
¿Soy yo el que siente y el que da sentido
al mundo?
¿O es el secreto corazón del mundo
—remoto, inaccesible—
el que me da sentido a mí?

Qué lejos siempre entonces ya de todo,
incluso de mí mismo;
qué solo y qué perdido yo,
aquí o allí."

Pero pocas páginas después se encuentra siempre la compensación, lo que justifica la existencia en un mundo imperfecto: la figura del ser amado, compendio del amor en todas sus modalidades, que le permite decir, ahora con certeza: "Yo sé que existo porque tú me imaginas", o:

Donde la vida se doblega,

Tan sólo en tus pupilas
compruebo todavía,
sorprendido,
la belleza del mundo
—y allí, en su centro, tú,
iluminándolo"

Aunque veía venir la nube negra que acabó envolviéndolo definitivamente hasta convertirlo en ceniza, Ángel mantuvo hasta el final, hasta su último suspiro, el inmenso amor que sentía, que sintió siempre por la vida, por el mundo. En uno de sus últimos poemas proclama:

Dicen que el agua pasada
no mueve molino.
Pero el río de la vida
que pasó
sigue moliéndome vivo,
hecho polvo
enamorado
del agua, del agua aquella,
cuyo murmullo lejano
aún oye mi corazón.

Ángel se encontraba enfermo, débil, desolado porque veía que la luz de la vida se le apagaba, tanto que en la dedicatoria a *Nada grave* se vio obligado a despedirse de la vida y de la poesía misma: "Sin ti la poesía/ ya no me dice nada,/ y nada tengo que decirle a ella". Pero aun así, el deseo de morder la vida siguió latiendo siempre en él. En el poema titulado "Hoy" confiesa:

Si me quedara ánimo trotaría por los campos
como un caballo joven bajo la luna llena.
Pero no tengo fuerzas;
igual que un elefante centenario
—vertebrado, mamífero—
me voy por una senda sin regreso.

Así manifiesta Ángel su compromiso con la vida misma. Ese amor a la vida, el amor a las cosas todas, le indujo la firme creencia de que el ser humano —aunque sea sólo en su esencia— permanece siempre; quien haya pisado esta tierra deja sus huellas, lo dice muchas veces, por ejemplo: "Todo lo consumado en el amor/ no será nunca gesta de gusanos ... lo que ha ardido/ ya nada tiene que temer del tiempo", o "No creo en la Eternidad./ Mas si algo ha de quedar de lo que fuimos/ es el amor que pasa", o el inolvidable verso que sirve como su epitafio "Este amor ya sin mí te amará siempre". Ángel permanece aquí, creo yo, y no sólo en sus versos, sino justamente en el amor que recibió, que fue mucho, y en el amor que él dio, que fue mucho más, lo sigue y lo seguirá siendo. Quien lo probó lo sabe. Esa creencia le dio cierta paz incluso en los momentos más oscuros, por eso pudo enfrentarse a la muerte con la entereza y estoicismo que se ve en *Nada grave*.

La voz de Ángel, al menos para mí, se ha integrado a la música de las esferas. Cuando estoy en Albuquerque y veo las montañas Sandía, paisaje que tanto le atraía e inspiraba, yo oigo su voz:

En la distancia, el horizonte
arde:
llama.

Responde la montaña con un largo
vagido intermitente:
eco que quema,
brasa.

Su voz permanecerá siempre quemada en esa montaña y grabada en la memoria. Ángel se creía un músico frustrado, la música era para él como un milagro que lo estremecía y uno de sus deseos más profundos era que la música naciera entre sus propias manos. Me satisface mucho saber que lo consiguió, como también lo saben Pedro Ávila, Pedro Guerra, Joaquín Pixán, Paco Ortega, Miguel Ríos, y un largo etcétera. En el poema "Calambur" empezamos leyendo y acabamos cantando:

Todo lo que contemplo vibra y arde,
y mi deseo se cumple en mi deseo:

dore mi sol así las olas y la
espuma que en tu cuerpo canta, canta
—más por tus senos que por tu garganta—
do re mi sol la si la sol la si la.

De todos los Ángeles aquí descritos, al que yo veo con más nitidez, y el que servirá para mí siempre como modelo y maestro es el poeta del compromiso, el hombre consecuente con sus convicciones. Me refiero al compromiso político, ideológico, ético, al compromiso con los otros, con el prójimo; Ángel era un poeta que nunca se recluyó en una torre de marfil porque creía que los autores buenos deben tener una actitud solidaria con el mundo. Pero me refiero también al artista férreamente comprometido con la propia poesía, con la belleza; al que nunca se rindió ante modas literarias o corrientes estéticas al uso, al que se mantuvo siempre fiel al concepto de la poesía como expresión artística que nace en torno a la palabra. Ángel creía que la poesía debía reflejar la experiencia vital, su propia experiencia que él supo trascender hasta abarcar una experiencia colectiva, poesía donde el hombre pudiera ver su propio rostro, y así cumplió el compromiso consigo mismo y con sus lectores. Termino con unos versos del poema "La paloma" que lo definen bien: Ángel fue un buen discípulo, pero también un extraordinario maestro, yo me suscribo a sus palabras reconociendo que nunca podré expresar mis convicciones con la misma belleza y precisión.

No en el lugar del pacto, no
en el de la renuncia,
jamás en el dominio
de la conformidad,
donde la vida se doblega, nunca.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Ángel González (1985): *Antología temática, Guía para un encuentro con Ángel González*, Mieres, Luna de abajo, Cuaderno de poesía, 3, pp. 70-124.

- (2002): *Palabra sobre palabra*, Barcelona, Editorial Seix Barral.

- (2005): *La poesía y sus circunstancias*, Barcelona, Editorial Seix Barral.

- (2008): *Nada grave*, Madrid, Visor Libros.